



Homilía

Triduo preparatorio a la Coronación canónica de “Ntra. Sra. del Valle”

La Palma del Condado (Huelva), Jueves 20 de Octubre de 2011

Sr. Párroco y sacerdotes concelebrantes; Ilmo. Sr. Alcalde y Corporación Municipal; Sr. Presidente y Junta de Gobierno de la fervorosa Hermandad de Nuestra Señora la Virgen del Valle; hermanos/as todos:

En primer lugar deseo manifestaros mi gratitud a todos por invitarme a participar en este Triduo Solemne de preparación para la Coronación Canónica de Nuestra Señora del Valle.

Hablar de la Coronación Canónica supone hacer referencia no sólo del amor a María, como Madre de Jesús y asociada a El en el misterio redentor de la salvación de los hombres, sino también de una arraigada y profunda devoción a una imagen determinada por parte de un pueblo. Y cuando decimos, arraigada significa que lo que en su día fue una raíz, hoy se ha convertido en un árbol frondoso cuyos frutos –de “*justicia*” y de “*vida eterna*”, nos dice la Escritura (cf Mt 7,20 par) están a la vista.

No hay duda de que los sentimientos que despierta Nuestra Señora del Valle en sus hijos de la Palma del Condado, acreditan que el próximo Domingo sea coronada por el amor de todos, significado de manera singular en la preciosa corona que ceñirá la frente de la imagen, como ofrenda generosa que hace visible lo que por la fe creemos y el amor que nos impulsa a llevarlo a cabo.

Amar a la Virgen

Pues bien, en este Triduo que hoy continuamos vamos a profundizar en el amor a la Virgen, que pertenece al misterio de los planes divinos. María es un regalo de Dios. Es la herencia transmitida, “*de generación en generación*”, desde aquellos primeros cristianos, hombres y mujeres sencillos, que amaron a la Virgen y supieron desde el principio el puesto que su Corazón Materno estaba llamado a desempeñar dentro de los Misterios del Reino de Dios que Jesús venía desvelando. Amor a María que comunicaron a las nuevas generaciones como forma de edificar la “*casa*”, la comunidad eclesial, sobre una “*roca*” firme (cf. Mt 7, 25). Luego, cuando hablamos de amor a María, estamos hablando de la transmisión de la fe y de pertenencia a la Iglesia.

Al mismo tiempo, ese amor, para nosotros, se concretiza en la devoción a la advocación de Nuestra Señora del Valle, que nos habla por un lado de la pertenencia a un pueblo y a una familia concreta dentro de la Iglesia; y por otro nos habla de historia y de herencia, introduciéndonos así en una comunión con nuestros mayores y con nuestras raíces como pueblo.

La Virgen del Valle es, pues, nuestra “*herencia*” como hijos de la Palma y eso es lo primero que celebraremos en la próxima coronación Canónica, en donde daremos gracias a Dios por habernos

dado a esta bendita Madre y en su corona nos uniremos en oración con todas las generaciones de palmerinos que han experimentado la protección de María. Por tanto, el amor a María nos llama a no olvidar nuestras raíces, pues un árbol sin raíz no tiene futuro

Y desde la humildad reconocemos que si podemos escribir una página única de nuestro pueblo coronando a la Patrona, es gracias a que nuestros mayores nos enseñaron y nos mostraron el amor a nuestra querida Virgen del Valle. Al mismo tiempo la coronación de nuestra Madre nos responsabiliza a todos de seguir transmitiendo ese amor a María en La Palma.

Escuchar a María

En segundo lugar, amar a María como Madre supone aprender de Ella; es tener el oído abierto para escucharla, es dejarse enseñar por Ella; y no sólo por el oído, sino por los ojos y el corazón. Y para ello María nos ha abierto hoy su casa, esta hermosa Iglesia en la que recibe el amor y el homenaje de todos los hijos de la Palma del Condado. Nos abre su Corazón y nos muestra el eco agradecido de una mujer joven, humilde y sencilla, que se ha visto enaltecida a la misión suprema de ser la Madre del Hijo de Dios, y al mismo tiempo llamada a dilatar su maternidad hasta todos los confines del espacio y de la historia. Como Reina y Señora. Como Madre y Patrona de la Palma.

Y con Ella cantamos: **«Proclama mi alma la grandeza del Señor»** ... Así comienza el *“Magnificat”*, que es el gran himno de alabanza que entonó cuando Isabel la llamó bienaventurada a causa de su fe. Es una oración de acción de gracias, de alegría en Dios, de bendición por sus grandes proezas: *“porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mi...”*.

Hoy más que nunca es necesario proclamar **“la grandeza del Señor”**. De hecho, vivimos en unos tiempos en los que se pretende instaurar la mentira de la autocreación, eliminando a Dios y ofreciendo al hombre comer de la manzana de ser como Dios. *“Ser como Dios”* es la gran tentación del hombre de todos los tiempos; actualmente es la propuesta del mundo tecnológico que se erige en dueño de la vida y elimina al Creador violando la ley natural a su antojo y según intereses.

Ante esta realidad, proclamar la grandeza del Señor por nuestra parte, como hace la Virgen, significa darle espacio en el mundo, en nuestra vida, permitirle entrar en nuestro tiempo y en nuestro obrar: ésta es la esencia más profunda de la verdadera oración. Donde se proclama la grandeza de Dios, el hombre no queda empequeñecido: allí también el hombre resulta engrandecido y el mundo se abre a una esperanza luminosa.

Abiertos al futuro

Todo el mensaje del viaje del Papa a Alemania, su tierra natal, donde estuvo recientemente de visita pastoral, giró también en torno a esta idea: **“Donde está Dios, allí hay futuro”**, que en el fondo viene a significar lo mismo que la Virgen proclama: **“la grandeza del Señor”**. Así lo ponía de manifiesto en su homilía en uno de los santuarios marianos más importantes de Alemania:

“... ¿Qué quiere decirnos verdaderamente María cuando nos salva de un peligro?. Quiere ayudarnos a comprender la amplitud y profundidad de nuestra vocación cristiana. Quiere hacernos comprender con maternal delicadeza que toda nuestra vida debe ser una respuesta al amor rico en misericordia de nuestro Dios... **“Donde está Dios, allí hay futuro”**. Pues donde dejamos que el amor de Dios actúe totalmente sobre nuestra vida y en nuestra vida, allí se abre el cielo. Allí, es posible plasmar el presente, de modo que se ajuste cada vez más a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesucristo. Allí, las pequeñas cosas de la vida cotidiana alcanzan su sentido y los grandes problemas encuentran su solución”.
(cf Hom 23-IX-2011)

Por tanto, hermanos, cantar con María hoy el *Magnificat* es aceptar nuestra pequeñez, es descubrir que no nos hemos autocreado como quiere hacernos creer ciertas corrientes de la cultura actual; es tener claro que un mundo sin Dios nos es más humano, pues la negación de Dios da lugar a un nuevo concepto de hombre, materialista, mortal, del todo terrestre, que por pretender una libertad ilimitada e incondicionada, por encima incluso de la *“Ley natural”* y sin

ninguna referencia objetiva que nos obligue, cae por lo mismo en mil esclavitudes, la peor de las cuales es la prisión del egoísmo. En definitiva, se predica la libertad radical y se cae en la esclavitud radical del yo, que queda encerrado en sí mismo y atado a las cadenas del tener, del placer y del deseo.

Hacerse como niños

Pues bien, miremos a María y celebremos con Ella la dicha de *“proclamar las grandezas del Señor”* (Lc 1, 46), aprendiendo así que sólo el camino de la humildad es el que nos puede divinizar. Miremos ese Niño y descubramos con María que el camino para alcanzar la plenitud como hombres es vivir la verdad de nuestro ser dependientes de la Bondad y Omnipotencia divina. La humildad es el camino que Dios ha abierto para los hombres a través de la Encarnación de su Hijo. Y María es testigo de ese Misterio y Maestra en esa virtud y nos canta que el Señor enaltece a los humildes.

En la *“escuela de María”* la divinización no se alcanza por la prepotencia ni cerrando las puertas al Creador, sino todo lo contrario: haciéndose pequeño .. Como dijo Jesús: *“si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”* (cf. Mt 18, 3).

Ésa es la imagen de Jesús en los brazos de su Madre. Ese es nuestro Dios: el que se hace pequeño para que tú puedas seguirle. El que se hace esclavo para que no tengas miedo a recibirlo. El que *“siendo Dios se ha hecho hombre”* (Filp 2, 6s) para enseñarte y acompañarte en el camino de la plenitud.

Abogada nuestra

Luego, hermanos, de cara a otear el futuro que nos aguarda, es el amor a María –*“lucero de la mañana”*– la mejor estrella para iluminar el caminar de nuestra vida. Ella, que con su *«sí»* abrió la puerta de nuestro mundo al mismo Dios, convirtiéndose así en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14).

Ella, que desde la Cruz recibió una nueva misión: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo»* (Jn 19,26) como tal Madre nos toma de la mano para caminar con nosotros por este valle de la historia y de la vida. María es la que nos enseña que cuando llegue la prueba no nos olvidemos de que *“nada podrá apartarnos del amor de Dios”* (cf. Rm 8, 39) pues, a los pies de la Cruz nos invita a confiar en su amor y nos ilumina con la esperanza de que *“poderoso es Dios hasta para resucitar a un muerto”* (Cf. Rm 4, 17).

Finalmente, Ella nos enseña a ser contemplativos y nos invita a acudir al sagrario para como Ella poder adorar a su Hijo *“humilde y escondido”*, como en la vida oculta de Nazaret. Por eso hoy, en este Triduo, le encomendamos con devoción y fervor todo aquello que perturba o inquieta nuestro corazón. Permitidme que en nuestra oración de súplica le presente sobre todo a los enfermos, para que su ternura de Madre sea para ellos bálsamo y consuelo para los momentos en que más los necesiten; y manantial de paciencia para acompañar, como lo hizo Ella, a Jesús en su camino de entrega a favor de todos los hombres.

A vosotros, pues, que estáis en la Cruz del lecho de la enfermedad, os invito a apoyaros en María como lo hizo San Juan. Y en la comunión del mismo Espíritu, nos dirigimos a Nuestra Santísima Virgen diciéndole:

“Santa María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Valle, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia el Reino de tu Hijo. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino y auxílianos cuando la vida sea un valle de lágrimas”. Amén

+ José Mazuelos,
Obispo de Asidonia-Jerez